

HERALDO DE MURCIA

AÑO III

DIARIO INDEPENDIENTE

NUM. 783

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la península UNA PESETA al mes.—Extranjero, tres me-
ses 750 PESETAS.
Comunicados á precios convencionales
Redacción y talleres: S. Lorenzo, 18.

MARTES 16 DE OCTUBRE DE 1900

PRECIOS DE LOS ANUNCIOS

En cuarta plana. : : : 00'05 pesetas línea
En segunda y tercera. : : : 00'10 id. id.
En primera. : : : 00'20 id. id.
Administración: Saavedra Fajardo, 15

LA GUERRA ANGLO-BOER

Momentos son los actuales de palpitante curiosidad para el mundo militar de los países civilizados. El desenlace de la gloriosa epopeya del Transvaal, se halla sobre el tapete en los gabinetes de la alta política social. Su término podrá ser la esencia antagonista de las ambiciones de una nación friamente tirana y déspota, ó el logro de los bellos ideales de un pueblo que merece, por todos conceptos, ser feliz é independiente; pero en uno y otro caso, ha de darse evidentemente lugar á opiniones distintas y controversias.

La historia del individuo es la historia de la humanidad. En él se resume un mundo abreviado, en todos los órdenes y manifestaciones de la vida. Así vemos cómo en las edades heroicas el hombre es un niño, cuya imaginación se mece en alas de la fábula y la fantasía. Más adelante, la historia se hace detallista y es la fiel interpretación de los hechos ocurridos, sin mezcla de fábulas ni leyendas inverosímiles. Y por último, la historia no es solo «memoria de la humanidad» sino fiel balanza, donde se pesan todas las acciones y móviles humanos.

Según esto, desde la altura en que nos hemos colocado, desde donde vemos derumbarse poderosos imperios y sucumbir brillantes civilizaciones, la historia puede estudiarse bajo tres aspectos diferentes; como arte, como ciencia, ó como filosofía.

En este último concepto, la filosofía de la historia, no es la historia misma, pero irradia de ella. La razón y la conciencia persisten siempre mientras que la memoria, siempre frágil, es sólo un don que Dios da al hombre y necesita cultivar.

Hoy vemos un pueblo sin organización ni defensas, luchar con ansias de muerte por su libertad é independencia. La campaña que sostiene con una de las naciones más poderosas del orbe, comenzó entre los alaridos espantosos de los hijos de la selva, se desarrolló después impetuosa como una tempestad, pujante y vencedora al mismo tiempo que vencida, y hoy admirando al universo entero, después de inefables conquistas morales, podrá tener el hermoso despertar de una civilización asegurada y brillante.

Roma empezó pobre y humilde y llegó después á imponer su voluntad en todo el globo, para caer rápidamente y hundirse en el vacío absoluto de todo alto ideal, en el fango de sus miserias, en la podredumbre, hija de sus pasiones. España, en cuyo territorio no se ponía jamás el sol, ha caído también en el precipicio, donde la hundieron sus malos gobiernos. Inglaterra, esa nación cuyo nombre hace temblar, puede también sucumbir á su orgullo y ambición.

Pero si así no sucede, si por fin la fuerza vence á la causa de la justicia, entonces la historia del Transvaal persistirá siempre, será una gloria humana y un borrón en las páginas de la historia de la Gran Bretaña. La historia ciencia, enumerará grandes victorias para los ingleses, pero la historia filosófica hallará la epopeya más grande de los siglos para la República de los boers.

No fué más grande Napoleón, venciendo media humanidad, que Leónidas sacrificándose en aras de la Patria con trescientos espartanos. No fué más grande Colón, descubriendo un mundo, que venciendo las dificultades que después surgieron. Y no será más grande el Transvaal, vencedor que vencido, en el sentido filosófico de la historia.

teografía el cronista, lo que el diputado por Antequera le ha dicho es sumamente grave.

No telegrafía Bonafoux al «Heraldo» todo lo manifestado por el Sr. Romero, porque este empezó por advertirle que la conferencia era de carácter privado.

Pero aun de la síntesis de esas confidenciales declaraciones, se deduce que la actitud del Sr. Romero es sumamente grave y amenazadora.

Acercó de lo que piensa decir en la Coruña, manifestó al batallador político que será gravísimo y producirá gran sensación.

«Mi propósito—añadió—es el de crear un partido, y lo llevaré á la práctica combatiendo sin descanso, bascando, para avivar el fuego casi apagado del entusiasmo, algunas ascuas entre las cenizas de los partidos españoles.

Veremos si en las alturas saben apreciar mi obra.

No busco el poder, que me parece despreciable cuando no responde á ideales.

El desinterés es mi religión, y no he de faltar á él por nada ni por nadie.

Ahora, solo falta que venga Silvela con la rebaja, diciendo que en estas declaraciones los puntos son vagos, y que no está perfectamente clara todavía la actitud del Sr. Romero.

En cuyo caso, no debe el Sr. Silvela ofenderse cuando las gentes recuerden la célebre frase que contra él pronunció Cánovas el día en que le dijeron que el actual jefe del Gabinete era un hombre de talento.

Scoratos de basfordes

Mucho ha extrañado á la gente política que en el Consejo de ayer no ocurriese nada notable.

Pero ya se ha averiguado la causa.

En el Consejo de ayer, el Sr. Silvela impuso un aplazamiento á todas las cuestiones pendientes de solución y especialmente á los presupuestos.

El aplazamiento tiene por objeto, ver si hay manera de conseguir que el señor Allendesalazar acepte cuantos aumentos le presenten los ministros.

Pero el Sr. Allendesalazar dice que si sus compañeros quieren aumentos, que los pidan á las Cortes en presupuestos extraordinarios.

El conflicto grave que anunciamos el otro día, ya ha estallado.

La solución no es muy fácil que digamos.

Veremos, pues, en qué para todo esto.

La cartera de Guerra

En el sueldo de «La Correspondencia» que reproducimos ayer y que se refería á que el general Dabín era la persona designada para desempeñar la cartera de Guerra, ya apuntamos nuestro temor de que las cosas podían alterarse.

Y así ha sucedido.

Pues el general Dabín ya no sustituye al Sr. Azcárraga, según dicen, por motivos de salud.

Ahora dicen que al palacio de Buenavista va el general Coello.

Es muy posible que mañana corra de boca en boca otro candidato para el Ministerio de la Guerra.

Y vamos viviendo.

Los tetuanistas

En la reunión que á fin de mes celebrarán los amigos del duque de Tetuán, éste pronunciará un discurso de radical oposición al gobierno, dentro de los límites de la doctrina conservadora.

15 Octubre 1900.



Maria Antonieta

Entre las muchas víctimas inocentes cuyas cabezas se hizo caer en el repugnante cesto de la guillotina durante la época del Terror, ninguna más simpática ni que inspire tanta consideración, como la desgraciada esposa del no menos infortunado Luis XVI; porque además de haber sido su único delito estar unida á es-

te rey por el sacramento del matrimonio, fué para su pueblo una soberana bondadosa, amante de los desgraciados y adorada con otras virtudes que hacían de ella una mujer, una madre y una reina ejemplares: pero el pueblo, alucinado por los apóstoles de la Revolución, no paró mientes en si la hija del emperador de Austria era inocente ó no de las intenciones que con los extranjeros se le imputaban, ni en lo buena que siempre había sido para él, y pidió su cabeza, la cual fué separada de su cuerpo el día 16 de Octubre de 1793.

Maria Antonieta, que ostentaba el título de archiduquesa de Austria y era hija de los emperadores de Austria Francisco I y Maria Teresa, vino al mundo en Viena el 2 de Noviembre de 1755. Cuando solo contaba 14 años de edad, Luis XV pidió su mano para su hijo el Delfín, más tarde Luis XVI, celebrándose la boda en 1770.

Cuatro años más tarde falleció Luis XV, y Maria Antonieta fué elevada con su esposo al trono de Francia. Su belleza, su juventud, su bondad de corazón y lo pronta que siempre se encontraba á remediar con próspera mano las desgracias cuyas noticias llegaban hasta ella, hicieronla enseguida dueña del corazón de su pueblo; pero estas mismas cualidades la enemistaron al propio tiempo con sus cortesanos, y estos, poco á poco labraron la desgracia de su reino.

La corte de Luis XVI hallábase compuesta por gentes viciosas y relajadas, y como estaban habituadas á las más bajas intrigas y á todo género de calumnias, no tuvieron reparo en hacer blanco á la reina de sus maledicencias, preparando así el terreno para que perdiera el ascendiente que gozaba entre las clases populares.

Surge la inevitable revolución, y la capital de Francia se convierte en un pueblo de fanáticos que por todas partes no ve más que enemigos. Guillotinados Luis XVI, eae sobre Maria Antonieta infame acusación; corazones á quienes repugnaba el inútil y vil asesinato que se iba á perpetrar, intentaron salvar á la reina, mas no consiguieron otra cosa que agravar la situación de ésta.

El 3 de Octubre de 1793, decidió la Convención Nacional la suerte de Maria Antonieta; á las 4 de la madrugada del 16 del mismo mes, tras de dos días de sesión, el tribunal revolucionario la sentenciaba á muerte y pocas horas después quedaba cumplido el fallo y la Francia de la Revolución manchada por un crimen que aún llena de indignación á los corazones.

Hernando de Saavedra

BATURRILLO

Andan preocupados bastantes políticos con el viaje del Sr. Romero Robledo á Londres.

Los íntimos del ilustre antequerano saben que los motivos de este viaje han sido de índole puramente privada.

Pero los recelosos no se quieren convencer.

Y hay algunos que afirman, como si lo supieran de buena tinta, que el señor Romero ha ido á la capital de Inglaterra á perfeccionarse en el uso de la llave inglesa.

Y es que temen, quizá con fundamento, que á su vuelta á la Península se dedique á ciertas operaciones.

A extraer raigones.

Según nos dicen, ayer se fugaron dos locos del manicomio provincial.

Y nosotros creemos que no deben estar locos las dos fugitivas, porque con su escapatoria han demostrado un discernimiento nada común.

Han visto claro el oscuro porvenir del benéfico asilo.

Y han tenido miedo al invierno que les prepara la piadosa Diputación.

Si eso es locura....

Decididamente, por lo que leemos en los telegramas de Madrid, el Sr. Pidal se queda sin campanilla.

Y, sin embargo, dicen que ahora vá á hablar claro....

En cambio, aquel apéndice parece que apagará la voz del Sr. Villaverde, cuyos gritos ponían nervioso al Sr. Silvela.

(Oh manos de Maquiavelo!) Pero es lo que dirá D. Paco: Vamos tirando.... Hasta que el país se canse de tantos tirones.

Verdaderamente, es una desgracia para los buenos habitantes de esta ciudad, el cúmulo de preocupaciones que pesan sobre nuestro Alcalde.

Las pesetas de los trenques, las pesetas de los premios, las pesetas de la Exposición y las obras de Romea traen tan asendereado al bueno de D. Diego, que no observa cómo las tinieblas van invadiendo esta población.

Existen barrios en los que, cuando la luna está de vacaciones, hay necesidad de encender cerillas para discurrir por ellos.

Todavía, Sr. Alcalde, están rotos los faroles que apedrearón las turbas en el mes de Julio.

Nos parece que ya es hora de que se dé un recorrido á esos faroles.

Y otro recorrido á la Empresa del Gas.

Patricio.

EL ABANICO BLANCO

(CUENTO)

Tchouang Tsen, oriundo de Song, era un hombre de letras que llevaba su sabiduría hasta el punto de despreciar todo lo perecedero, y que, como buen chino que era, no creía en lo sobrenatural, no quedándole, para satisfacer su alma, más que la conciencia de sustraerse á los errores de los hombres que se agitan y luchan por adquirir inútiles riquezas ó vanos honores.

Tenia Tchouang Tsen la costumbre de dar grandes paseos por la comarca donde vivía, sin saber cómo ni por qué.

Un día que vagaba al azar por la florida vertiente de la montaña de Nam Hoa, se encontró insensiblemente en medio de un cementerio en el que los muertos yacen, según los usos del país, bajo montículos de tierra removida.

A la vista de las innumerables tumbas que se extendían más allá del horizonte, se puso Tchouang Tsen á meditar acerca del destino del hombre.

—¡Ah!—exclamó para sus adentros.—

¡Ha aquí la enroscada á donde van á parar todos los caminos de la vida! ¡Cuando se ha penetrado en la mansión de los muertos, no se vuelve á ver la luz del día!

Estas ideas no tienen nada de particular, pero, comprendían perfectamente la filosofía de Tchouang Tsen y la de todos los chinos.

Los chinos no reconocen más que una sola vida, y la igualdad del hombre es la tumba, que les consuela ó les irrita, según su inclinación á la serenidad de espíritu ó á la melancolía.

Pero Tchouang Tsen, que pertenecía á la orgullosa secta de los filósofos, no pedía consuelo á los dioses que practican la magia recreativa ni á los dragones de porcelana.

Discurriendo por entre las tumbas encontrábase de repente ante una hermosa joven vestida de luto, es decir, ante una mujer que llevaba una larga falda blanca de basta tela y sin costuras de ningún género.

Sentada junto á una tumba, agitaba un abanico blanco sobre la tierra, húmeda todavía, del fúnebre montículo.

Deseco de conocer los motivos de tan raro procedimiento, saludó á la joven Tchouang Tsen y le dijo:

—¿Cometería una indiscreción si os preguntara quién yace en esa tumba y por qué abanicáis la tierra que le cubre? Soy filósofo, señora; investigo las causas de las acciones humanas y el móvil de la que ejecutáis se escapa á mi penetración.

La joven siguió agitando su abanico, púsose encarnada, bajó la cabeza y murmuró algunas palabras que el sábio no logró entender. La enlutada no hacía caso de su interlocutor y parecía que toda su alma se había concentrado en la mano con que movía su abanico.

Tchouang Tsen se alejó mohino y disgustado.

Proseguía lentamente su camino, volviendo de cuando en cuando la cabeza

para ver de nuevo el abanico que agotaba el aire como el ala de una gigantesca mariposa, cuando de pronto una anciana, á quien antes no había visto, le indicó por seña que le siguiera.

Condujole á la sombra de un montículo más alto que los otros, y le dijo:

—Os he oído hacer á mi señora una pregunta á la que no ha querido contestar. Pero yo puedo satisfacer vuestra curiosidad, aguijoneada por la esperanza de que me deis en cambio lo necesario para comprar á los sacerdotes un papel mágico, por medio del cual se prolonga la existencia.

Tchouang Tsen sacó de su bolsa una moneda y la vieja habló en estos términos:

—Esa mujer á quien habéis visto junto á una tumba, es la señora Lu, viuda de un filósofo llamado Tao, el cual murió hace quince días, de pués de una prolongada enfermedad; y esa es la tumba de su esposo. Amábanse los dos con delirio, y Tao se horrorizaba ante la idea de dejar en el mundo á su mujer en la flor de su belleza y de su juventud. Resignábase, sin embargo, porque su corazón se sometía resignado á las imperiosas leyes de la necesidad.

Llorando á la cabecera del lecho de Tao, que Lu no había abandonado durante la enfermedad de su marido, la hermosa joven juraba por los dioses que no quería sobrevivirle y que descendería con él á la tumba.

Pero Tao le dijo:

—No jures nada de eso.

—Al menos—repuso Lu—si debo sobrevivirte, si estoy condenada por los Genios á ver la luz del día cuando ya tú no la veas, te juro que no perteneceré en mi vida á otro hombre, y que no tendré más que un esposo como no tengo más que un alma.

—No jures eso, por piedad.

—¡Ah, Tao! Déjame jurar siquiera que no me volveré á casar hasta que hayan transcurrido cinco años.

Y Tao añadió:

—No, no debes jurarlo. Jura tan solo que respetarás fielmente mi memoria, mientras no se haya secado la tierra de mi tumba.

Lu hizo un solemne juramento, y Tao cerró los ojos para no volverlos á abrir jamás. La desesperación de Lu sobrepujó á todo cuanto pudiera imaginarse. Sus ojos estaban impregnados de ardientes lágrimas y sus mejillas rasgadas por las heridas que con las uñas se había ocasionado.

A los tres días de la muerte de Tao, la tristeza de Lu era ya más humana y racional.

Al anunciar á la infortunada viuda que un discípulo de Tao deseaba darle el pésame por el fallecimiento del maestro, Lu creyó con razón que no podía dejar de recibirle.

Y con efecto, le recibió suspirando.

El discípulo, que era un joven elegante y de agraciado rostro, le habló poco de Tao y mucho de ella. Díjole que la amaba y Lu lo dejó charlar á su antojo.

Prometiéndole el discípulo que volvería al cabo de algún tiempo, y desde entonces Lu, sentada sobre el montículo de su marido, donde la habéis visto, consagra los días enteros á secar la tierra de la tumba con el aire de su abanico.

Cuando la vieja hubo terminado su relato, Tchouang Tsen pensó:

—La juventud es corta, y el aguijón del deseo dá alas á los que de ella disfrutan. Y sea como quiera; Lu es una persona honrada, que no quiere faltar al juramento prestado ante el lecho de su moribundo esposo.

He aquí un ejemplo que debieran tener presente las mujeres b'ancas de Europa.

Anatole France

NUESTRA PALOMITA

Después de dos días de jolgorio y huelga, en que no habrán faltado los correspondientes comentarios, aquí me tienen ustedes de nuevo en la brecha.

En estos días he podido observar, sin pretender inquirirlo, que ha habido mu-

DE MADRID Á MURCIA

Graves declaraciones de Romero

Bonafoux ha celebrado una entrevista con el Sr. Romero Robledo, y según te-